

2 de febrero. IV domingo del Tiempo Ordinario

Sofonías 2, 3; 3, 12-13 / Salmo 145, 7-10 / 1 Corintios 1, 26-31 / Mateo 5, 1-12

1. ¿Qué dice la Palabra?

El evangelio de este domingo nos acerca al relato de las bienaventuranzas, que forma parte del conocido como sermón de la montaña. Podemos afirmar que es la predicación más conocida de Jesús. El monte o montaña a la que hace referencia se trataría de una elevación al norte del mar de Galilea, cerca de Cafarnaúm. Pero el monte es el lugar de la revelación. Como Moisés subió al Horeb y recibió las tablas de la Ley que transmitirá al Pueblo, Jesús sube a la montaña para transmitirnos las bienaventuranzas.

Las Bienaventuranzas son palabras de promesa que sirven al mismo tiempo como palabras orientadoras. Cada una de las afirmaciones de las Bienaventuranzas nacen de la mirada dirigida a los discípulos; describen, por así decirlo, su situación: son pobres, están hambrientos, lloran, son odiados y perseguidos. A pesar de la situación concreta de amenaza inminente en que Jesús ve a los suyos, ésta se convierte en promesa cuando se la mira con la luz que viene del Padre. Las Bienaventuranzas son una paradoja: se invierten los criterios del mundo; la escala de valores de Dios es distinta de la del mundo. Los que según los criterios del mundo son considerados pobres y perdidos son los realmente felices, los bendecidos, y pueden alegrarse y regocijarse. Las Bienaventuranzas son promesas en las que resplandece la nueva imagen del mundo y del hombre que Jesús inaugura, y en las que “se invierten los valores”. Con Jesús, entra alegría en la tribulación, en los momentos difíciles.

Al leer las Bienaventuranzas, leemos una biografía interior de Jesús, un retrato de su figura. Él es el auténtico pobre, es el realmente humilde, él es verdaderamente puro de corazón y por eso contempla a Dios sin cesar. Es constructor de paz, es aquel que sufre por amor de Dios: en las Bienaventuranzas se manifiesta el misterio de Cristo mismo, y nos llaman a entrar en comunión con Él.

El Sermón de la Montaña resume toda la moral cristiana, entendida no a la manera de un código legal de prohibiciones y obligaciones, sino como una invitación a ser «perfectos como el Padre es perfecto».

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

- ¿Considero que soy pobre de espíritu, pongo toda mi vida en manos de Dios? ¿Soy desapegado de los bienes terrenos? ¿Intento vivir un estilo de vida sobrio y simple, para testimoniar de forma coherente el evangelio?
- ¿De dónde vienen mis aflicciones y tristezas? ¿Veo en las situaciones dolorosas la posibilidad de acercarme a Jesús sufriente? ¿Comprendo lo que significa la promesa de Dios: que quien sufre será consolado?
- ¿Siento hambre y sed de justicia? ¿Tiendo a buscar la justicia y santidad, o desde hace un tiempo me he resignado a vivir en la mediocridad y tibieza?
- ¿Ante el error de mis hermanos, reacciono con prejuicios o con misericordia? ¿Entiendo que debo ser misericordioso porque Dios lo es conmigo?
- ¿Soy puro de corazón? ¿Trato de cultivar la virtud de la pureza? ¿Comprendo que ser puro es tener un corazón similar al de Jesús, que me permite conocer a Dios más claramente?
- ¿Soy persona de paz? ¿Comprendo que con mis habladurías rompo la paz entre mis hermanos?
- ¿Estoy dispuesto a sufrir por el evangelio? ¿En algún momento se alejaron o burlaron de mí por el solo hecho de creer? ¿Cómo reacciono ante estas situaciones? ¿Rezo por tantos cristianos que viven en lugares de persecución, hasta el punto de morir por causa de la Fe?

3. ¿Qué le decimos a Dios?

Gracias, Dios de bondad, por Jesús, tu Hijo y hermano nuestro, que nos regaló un único y mejor mandamiento, el del amor fraternal. Ablanda, Señor, nuestro duro corazón para que nos cale su mensaje, la buena noticia de la liberación, y soñemos con hacer realidad la utopía de Jesús, para que sean felices en adelante los que ahora son pobres, para que no sufran más los que hoy pasan hambre y sed, para que rían de felicidad los que hoy se sienten tristes y amargados. También queremos ser felices nosotros mismos, es lo que Tú quieres, pero sabemos que no hay otro modo de alcanzar nuestra propia felicidad que tratando de hacer felices a los demás. Tu hijo nos ha dado ejemplo, ha dedicado su vida a repartir felicidad.

Con el grupo nos comprometemos a ser una comunidad marcada por el signo de las bienaventuranzas. Nos proponemos salir al encuentro de otros jóvenes, y anunciarles la Buena Noticia de las Bienaventuranzas. Lo hacemos de forma novedosa y creativa. Puede ser a través de un encuentro musical, redes sociales, pancartas públicas, y así invitarlos a sumarse a alguno de los grupos juveniles.